

I

La libertad suele ser considerada un concepto abstracto, de difícil representación o definición, asunto de filósofos; la prisión en cambio, es cosa de albañiles, fundidores y cerrajeros. Resulta relativamente fácil diseñar una cárcel, lo difícil es perfilar los contornos de la libertad.

He aquí que Tania Bruguera, una de las personas más libres que conozco, se aventura a mostrarnos los envilecidos detalles que obran contra la libertad humana. La primera condición es la existencia de un entorno que limite el espacio, que es la condición *sine qua non* del movimiento. No es suficiente sujetar el desplazamiento del cuerpo, por eso los carceleros tienen mucho cuidado en evitar las ventanas desde las que puedan verse el cielo, el mar o desde donde el preso pueda asomarse a un paisaje campestre o a la fluida vida de una ciudad. Los sentidos de la vista y del oído, que son los de mayor alcance, deben ser también sometidos a la oscuridad y al silencio, o subordinados al enfoque cercano de los muros, al eco piadoso de la propia voz.

El entorno del sometimiento puede ser el de una vieja prisión de paredes gruesas, como lo fue durante tantos años la fortaleza de La Cabaña asomada a la bahía de La Habana. Una cárcel que antes había sido cuartel militar, porque tanto los soldados como los reclusos sufren de la imposibilidad de dejar correr el libre albedrío. Ambos están sujetos por algún grillete, sea el de la ley o el del poder de sus jefes, sus generales y sus comandantes. No me extrañaría que Martí en lugar de escribir que “una Nación no se funda como se manda un campamento”, hubiera hecho el símil con un presidio, donde el ciudadano está a merced de sus custodios, bajo la sombra de sus cancerberos. Los cientos de fusilamientos de los que fueron testigos los muros de la Cabaña, son en este caso la banda sonora de una parte de nuestra historia nacional, de aquellos primeros años de la Revolución en que unos escuchaban solamente los gritos de júbilo y otros se estremecían en sus celdas con las ráfagas que surgían del paredón.

Hay prisiones modernas, con la misma arquitectura que los preuniversitarios en el campo y sin embargo igual de atávicas en su manera de limitar al ser humano recluido en ellas. No exhiben tantas rejas, pero sí tenientes que reducen la autoestima, doctores que pocas veces están cuando se les necesita y la constante cantaleta de una ideología que te echa en cara haberla traicionado, no haberte convertido en un “hombre nuevo” que repudia el delito. Es tan fácil ir a parar a una de ellas, tan común el camino que te lleva a su interior que todos somos –potencialmente- reos que merodean alrededor de un centro penitenciario. Un trozo de carne de res comprada a un vendedor informal, una hoja de papel impresa y distribuida entre un grupo de amigos o una reunión furtiva para hablar del futuro, te pueden conducir a estas cárceles de techo bajo, columnas de concreto y fotos de mártires en el comedor.

Los ladrillos de una u otra cárcel -la antigua y la moderna- están ubicados de manera que la libertad no se cuele a través de ellos, de forma tal que ninguna rendija deje pasar un gramo de optimismo. Los constructores las han hecho a partir de sus propias fobias, potenciando todo aquello que a ellos mismos les produciría pavor. Armar un presidio es confesar que se le teme al ser humano.

II

Esta tarde terminaría de extraerse el último canino que le quedaba. Llevaba días en eso, ayudado por otro recluso que ya era diestro en sacar dientes y muelas. La colección de lo arrancado la había ido poniendo debajo de la almohada, no porque creyera todavía en la historia del ratoncito que le cambiaría cada pieza por algún regalo, sino porque carecía de otro lugar donde esconder algo. Allí las dejaría hasta que en un momento le diera por lanzarlas –con su amarillento esmalte- por la diminuta ventana que tenía la celda.

Si todo salía como esperaba la próxima semana estaría mostrándole su boca desdentada y de encías lisas al doctor en la enfermería. Le diría que se le habían caído solos, como le había pasado al protagonista del filme **Papillon**, que había visto cuando era chiquito. El prisionero de aquella historia había sido víctima del escorbuto, pero él no. Él había renunciado a su dentadura para acceder a la dieta blanda que le daban a los reclusos que no podían masticar. El preparado de plátano y boniato, superaba en sabor a la rancia comida que les servían a los otros, de manera que era una cuestión de sobrevivencia prescindir de esas inutilidades que llevaba alrededor de la lengua.

Cuando se sacó una de las muelas de arriba, la raíz desgarró hasta el cielo de la boca en una herida que exigía puntos de sutura. Sin embargo prefirió tratarse por su cuenta antes que pedirle al jefe de la galera que lo llevara a curar. Sabía que debía guardar esa posibilidad para algo de mayor gravedad que una simple rajadura bucal. Era mejor reservarla para cuando sus riñones colapsaran, pues llevaba meses orinando un ardiente y diminuto chorro mezclado con sangre. El dolor de los dientes arrancados no era nada comparado con los escalofríos constantes y el malestar que le producía la infección renal.

Antes de irse hacia la litera del Cojo, que ya había preparado el “instrumental” como si realmente ostentara un diploma de estomatólogo, se miró el canino por última vez en la lata pulida que le servía de espejo. No había nada que lamentar, estaba picado por las caries, torcido a la derecha y manchado de nicotina. Ese pequeño obstáculo que emergía de su boca no iba a interponerse entre el puré de viandas y su necesitado cuerpo. Así que le dio algunos golpes para aflojarlo y caminó hacia donde varios presos aguardaban por una extracción. Sobre el desgarrado colchón, un trozo de cuchara y una pequeña barra metálica harían las veces de cincel y martillo para debilitar el diente, una improvisada pinza hecha con dos trozos de alambrión removerían la raíz. El pago por la improvisada cirugía lo efectuaría en cigarros, cerca de unos veinte que había ahorrado en varios días sin fumar.

Después se iría a dormir con el latido alrededor del hueso que una vez cobijó su colmillo y con la alegría de poder entrar en la cofradía de los desdentados, en el club de los privilegiados que comían un poco mejor. Otros en sus camas también estarían controlando el dolor, mientras soñaban -durante toda la noche- con la bandeja de aluminio llena con una papilla de plátano y boniato.

III

La cárcel intenta quitar, a la persona privada de libertad, el respeto por sí misma. Por eso debe cada uno convivir con sus excrecencias y compartir la de sus compañeros de celda. Un agujero en el piso insinúa al preso que esa es la única opción por donde algo de él —específicamente su mierda y su orine— puede salir de allí. Las paredes de una celda están siempre salpicadas de lágrimas, sangre, semen, saliva y cuanta cosa segrega una persona, también hay nombres y fechas, conjuros, amenazas y promesas. La prisión es profundamente escatológica, se supone que en ella se acumula el detritus de la sociedad. Es el anticipo del infierno y como aquel, sobreviene después de un juicio.

Los días de encierro se amasan como se haría con una bolita de cerumen que termina aplastada entre los dedos del que espera. El cuerpo recibe sobre él la violencia, la tortura, la inmovilidad y el deterioro que conlleva la reclusión. Cuando se lleva un tiempo en prisión el plano físico termina por suprimir su resistencia a la opresión; es el instante en que se deja de luchar contra las ataduras, cuando ya no se sacuden las rejas ni se grita “Sáquenme de aquí”. Luego, el sujeto comienza a acomodarse a su estado y en casos exagerados termina por sentirse a gusto en la prisión o establecer complicidad con sus carceleros.

El poder represivo de una sociedad sana tiene en las penitenciarías no solo el sitio donde aislar a los incapaces de convivir bajo reglas civilizadas, sino además el castigo y la disuasión frente al crimen, por eso las cárceles no son hoteles de cinco estrellas donde se disfruta, ni hospitales donde se convalece de una enfermedad que no procuramos. A la altura del siglo XXI siguen siendo necesarias, pero no por eso dejan de ser siniestras. Las cárceles son la cara pervertida de la justicia.

Si el preso se sabe culpable vive con su error y día a día moldea su arrepentimiento; cuando lo es y se niega a reconocerlo entonces amasa su venganza, que muchas veces la realiza no ya contra sus captores o contra quienes lo delataron, sino contra el género humano, empezando quizás por los reos que le acompañan. Nadie puede calcular cuanta violencia cabe dentro de un culpable que se siente victimizado. Con gente así hay que aprender a convivir entre los muros de una prisión, sin darle nunca la espalda.

IV

La señora levanta el cuño y lo acerca a la hoja, para finalmente colocarlo a un lado sin haberlo estampado en tu permiso de salida. Te mira a los ojos como si fuera una amiga de hace muchos años que quiere aconsejarte para que no te metas en problemas. “Lo siento” –llega a decirte- “usted no está autorizado a viajar”. Todos en la oficina han escuchado la frase que te condena a quedarte en esta Isla, sin poder poner un pie en el avión. En las otras mesas a tu lado, quienes hacen un trámite similar se miran a los pies, para evitar que tus ojos se topen con los de ellos buscando algo de solidaridad. Los militares tras el buró te escrutan de arriba abajo con el reproche de quien piensa “algo habrá hecho, para que no lo dejen salir”.

Hasta el último momento pensaste que a lo mejor los archivos del Ministerio del Interior no estarían tan organizados y tu historial de inconformidades no saldría a relucir. Te planteaste incluso darle algún estímulo material a alguien que se hiciera de la vista gorda ante tus encontronazos con el poder. Pero en ese nivel no abunda la corrupción que tanto campea en otras esferas de esta sociedad donde has nacido y crecido. Nadie se atrevería a influir en la salida de un peligroso “elemento” que con sus escritos y sus argumentos le ha dado “armas al enemigo”. Por eso, acariciaste más la idea del error que la de comprar la ansiada “tarjeta blanca”. Frecuentemente especulabas que una secretaria iría a por una pizza justo en el momento en que revisaba tu expediente y ante los tirones de su estómago terminaría por ponerlo –a toda velocidad- en el montoncito de los aprobados. Bien sabes del efecto que el recuerdo del queso derretido sobre una salsa de tomate, puede causar en un burócrata que mira su reloj a las once de la mañana.

Sin embargo, la opción de la negligencia estatal no funcionó esta vez. Detectaron tu caso desde que presentaste las primeras planillas para un viaje al otro lado del Atlántico. Te pusieron en la gaveta con las siglas “CR”, que en Cuba viene a ser la peor de las categorías en la que te pueden ubicar: contrarrevolucionario. Algún jefe de uniforme más oscuro y con rango de teniente coronel habrá sonreído al ver que finalmente estabas en sus manos. Después de creerte que podías actuar como un hombre libre, diciendo tus opiniones a viva voz y publicando artículos sin seudónimo, habías llegado al punto donde te harían sentir todos los muros, todas las rejas, todos los candados.

Sabes que no tienes antecedentes penales, que jamás has sido condenado por un tribunal y que tus delitos más comunes consisten en comprar queso o leche en el mercado negro, no obstante acabas de enterarte que estás purgando un castigo. Tu sentencia es quedarte tras los barrotes de este archipiélago cárcel, recluido por esa franja de mar azul que algunos ingenuos piensan que es un puente y no un foso insalvable que evita el contacto. Nadie va a dejarte salir, porque eres un recluso con un número pegado a la espalda, aunque tú creas que llevas la camisa que sacaste del armario esta mañana. Estás en el calabozo de los “peregrinos inmóviles”, en la celda de los obligados a permanecer. Y sólo atinas a cuestionarte el por qué no podías haberte callado la boca, fingido un poco, llevado la máscara para poder salir. Lo has comprendido tarde, pero ahora sabes que el cuño de la señora se pegará a la hoja si aplaudes y que sólo así te sacarán del corredor de los sentenciados a quedarse.

V

Ocurre en ocasiones que los justos terminan con sus huesos detrás de las rejas. Eso pasa preferentemente en las naciones gobernadas por autoritarios, en las que el peor de los pecados es anhelar la libertad y tratar de conseguirla. En casos así, donde la gente va presa por obedecer los dictados de su conciencia cívica, nadie es más honorable que un encarcelado. Al extremo que muchos de los que deambulan por las calles se sienten culpables, pues tienen la convicción de que todo lo que disfrutaban, es el soborno otorgado a los que no se rebelan, a los que de forma voluntaria prefieren el redil.

Se establece en esas sociedades represivas la idea de que sólo el golpe valida o son los años de encierro los que le dan el derecho a una persona para pronunciarse. Una verdadera competencia de sufrimientos, deja descalificados a los que no han probado el frío suelo de una mazmorra. Los ex convictos terminan por exhibir sus cicatrices como condecoraciones y el orgullo desplaza a la vergüenza cuando hablan de sus tiempos como prisioneros. La cárcel se vuelve entonces la prueba de la que deben graduarse los ciudadanos más inconformes y el lugar donde se cuecen los proyectos políticos que verán la luz en el mañana.

Un líder que ha estado alguna vez preso, sabe que si quiere gobernar un país tendrá que hacerlo también para los que están en las penitenciarías. Tiene la tentación de comenzar a comportarse como el soldado que vigila la celda y no como el reo que fue en el pasado. El puesto del celador es sumamente atractivo para el que estuvo bajo la custodia de alguno. De ahí que tantos prisioneros terminen por levantar sus propios muros para confinar a otros, para hacerles sentir esa asfixia del encerrado que algún día ellos padecieron.

VI

Amarrado a su cama, con la sonda que le sale de entre las piernas está el anciano que una vez llenó las cárceles con sus enemigos. Ya no puede recordar el año en que hizo la última redada llevando a setenta y cinco opositores a la oscuridad de un calabozo, pero no importa, muchos de ellos siguen allí. Quizás un día el convaleciente autócrata despierta lúcido y pregunta qué ha sido de sus reos. Nadie tiene el valor de privarlo –entonces- del consuelo de que sus inculpados estén al igual que él, presos en un lugar del que no pueden escapar. Sólo que el suyo es un pulcro cuarto, con enfermeras amables, comida a la hora y una música que sale de las paredes y que lo adormece para hacerlo olvidar del constante dolor de su abdomen.

Alguna vez el poder le sirvió a este anciano de barba –cada vez más rala- para conquistar mujeres, navegar en yates y desplegar sus soldaditos de juguete por encima del mapamundi. Recibió el aplauso de millones, su perfil griego modeló el destino de una nación que era mestiza y ñata, pero que se dejó arrastrar por sus arranques. Fue soberano y rey. Como todo caudillo necesitó de un enemigo, de una utopía y de varios aliados. Creó leyes y controles, porque algunos no acababan de comprender la misión mayor que le había sido asignada, la de edificar una isla-proyecto-de-futuro. Buena parte de sus planes no salieron bien, pero quién iba a osar decirlo frente al imponente uniforme del que emanaban tantas órdenes y castigos.

Como no podía darle a sus súbditos derechos y libertades, construyó prisiones que eran fáciles de llenar con un código penal cargado de delitos. La lista de lo prohibido era tan larga que los ciudadanos de su reino preferían no moverse, apenas vegetar, para no contravenir las leyes. Gastaban todo su valor personal en las pequeñas tropelías de buscar algo para comer o robarle al poderoso Estado que él había hecho a su imagen y semejanza. Al estilo de un juez severo e implacable podía señalar a un anónimo ciudadano y condenarlo al ostracismo o elevarlo a la gloria. La justicia que él representaba no tenía los ojos tapados, ni siquiera portaba una balanza sino que por momentos llevaba un fusil, una hoz, un martillo o simplemente grilletes.

De todos los presidios que creó para los otros, le tocó apagarse –él mismo- en el peor, el del posible olvido. Un cuarto con olor a hospital, unos súbditos que le esconden lo que realmente pasa afuera, un intestino que se niega a procesar los manjares de ayer, un cuerpo que se burla de sus manías de eternidad y encima de eso el constante martillar –insoportable- de que sus prisioneros podrán sobrevivirlo. No se lo ha dicho a nadie, pero gustoso cambiaría su esterilizado reclusorio por la sucia celda donde están sus enemigos condenados. Daría todo su poder si pudiera librarse de las cadenas de la muerte que hace rato aprietan su cuerpo y de las que nadie puede exonerarlo.

VII

El ancestral pánico a la prisión condiciona muchos de los pasos que damos, aún cuando caminemos lejos de los barrotes. Por eso tengo el dilema de si enseñarles a mis hijos el silencio como manera de evitar el encierro, tal y como hicieron mis padres al instruirme en el camino de la simulación. A los seis años aprendí a gritar mi primera consigna: “Pioneros por el Comunismo, seremos como el Che.” A los catorce debía inscribirme en el Comité de Defensa de mi cuadra y como era una chica, también me tocaba anotarme en la Federación de Mujeres Cubanas. Cuando arribé a la enseñanza secundaria, comenzó la locura de los trabajos voluntarios en el campo y al terminar la enseñanza media ya tenía claro que la universidad era “para los revolucionarios”. No me quejo de mi madre, ella también fingió para que yo no tuviera dificultades ¿acaso podía hacer otra cosa? Me ayudó a colgarme la máscara, porque no hacerlo hubiera sido poner en riesgo su prole y me hubiera hecho proclive al encarcelamiento. Con el tirón del instinto de maternidad y en nombre de él, mi familia me mostró el cómodo sendero del oportunismo.

Pero hay celdas que terminan por rodearte, acogerte en una especie de abrazo del que no te puedes soltar. Protegiéndome de los cerrojos, mis padres no pudieron evitar que un día descubriera que vivía rodeada de ellos. Salí de casa una mañana para enfrentarme a la decisión de levantar la mano en una asamblea donde expulsarían a un compañero de estudios por “problemas ideológicos”. Yo estaba obligada a ser en ese momento juez y tribunal, halar la soga en la que ahorcarían sus posibilidades de obtener un título de licenciatura. Todos los que estuvimos aquel día en esa aula, pudimos ver las rejas que nos cercaban, divisar la escudilla con agua que nos pasaban por debajo de la puerta y el sonido de las llaves del custodio mientras avanzaba por el pasillo. Nuestros celadores nos exigían que culpáramos a aquel joven de tener una postura crítica, pero todos intuimos que después también seríamos juzgados cada uno de nosotros.

La prisión era en ese caso reemplazada por el estigma, por la marca de no ser una persona confiable, sino alguien que avivaba el cuchicheo de las vecinas “no le salió bueno el hijo a María, siempre está metido en problemas”. Y los jueces de tantas condenas desertando algún día, yéndose en una balsa a La Florida para declarar allá que sólo obedecían órdenes, recluyéndose en sus casa para vivir de alguna labor ilegal como destilar alcohol o vender Cds piratas. Muchos de los que habían medido a tantos con la tabula rasa del extremismo ideológico, casaron a sus hijas con extranjeros para garantizarse una vejez arropada en la moneda convertible. Algunos incluso llamaron a sus víctimas de antaño para contarles que su condena había sido una patraña generada en la máxima instancia, a la que ellos no podían negarse. En fin, el carcelero buscando la complicidad del preso para que lo absolviera y dijera en público que el castigo no había sido tan malo y que después de todo ellos seguían siendo compañeros, verdaderos compañeros revolucionarios.

VIII

El más sofisticado recurso que usa un opresor para enmascarar los efectos de su mano dura, es mostrar la relación con sus oprimidos como una especie de pacto de amor. De manera que la sumisión - conquistada por la vía del dolor o del miedo-, tenga el respetable rostro de la generosa entrega que se hace por afecto a otra persona, por fe a una religión o por convicción a una causa política. La prisión como una opción voluntaria que tomamos para dejar afuera el individualismo, es uno de las tantas quimeras en la que sueñan dejarnos atrapados ciertos “elegidos”. Ellos intentan persuadirnos de que debemos entrar por nuestros propios pies al reducto, poner el cerrojo y mirar agradecidos como nos tapiaban la única salida.

La burbuja de la apatía y de la indiferencia también puede funcionar como presidio, si se convence a un pueblo de que preocuparse por ciertos asuntos no hará que se resuelvan. Hay que hacerle creer al condenado que puesto a decidir entre mirar el plato o las nubes, lo mejor es optar por contar los granos de arroz, pues en el cielo no se puede cambiar nada. La gente se reduce entonces a esos pocos metros de una celda conformada por la sobrevivencia cotidiana, los controles, las largas colas para el transporte y la maquinaria abultada de la burocracia. Trascender todo eso puede hacernos salir de un encierro que nos provee de recursos subvencionados y escasos, pero no hay garantías de que afuera se pueda ser realmente libre. Más de uno extrañará el martilleo del metal llamando al baño, cuando se encuentre lejos de la obligatoriedad del régimen penitenciario.

Hay un punto en que los salvadores de naciones se transmutan en opresores y las libertades ciudadanas que les habían permitido llegar al poder, terminan por ser dinamitadas. Hay un día en que la libertad llega a ser una palabra obscena, mencionada en voz baja y anhelada en la intimidad de las casas. Los pueblos comprueban entonces que han entregado su soberanía individual y se han dejado encerrar en el corral del paternalismo, el control y el autoritarismo. Descubrir todo eso, conduce a desmontar la jaula y sobre todo, a cuestionar si el alpiste ofrecido a cambio de esa libertad, ha sido suficiente y extensivo a todos.